

HORRIOS MOLINOS Y BATANES

El concejo allerano, hasta el siglo XIX, vivía exclusivamente de la agricultura y la ganadería. A partir de este siglo, con el inicio de las actividades mineras, se abandona paulatinamente el sistema agrario tradicional, compaginando el trabajo en la mina con la actividad ganadera, en la mayoría de los casos.

El sistema agrario tradicional que se desarrollaba en el concejo de Aller, consistía en una economía mixta en la que el campesino era colono y comuñero dependiente de los dueños de la tierra a los que debía pagar su renta, generalmente en especie, hasta los últimos años en los que ya se abonaba una cantidad estipulada de dinero. La unidad básica de explotación era la casería, compuesta por casa, cuadra, hórreo o panera, huertos, tierras de labor, prados y monte. La familia debía subsistir con su trabajo única y exclusivamente, ya que no tenía otro tipo de compensaciones económicas.

La explotación de las tierras mediante la siembra de cereal: escanda y maíz, primordialmente, y el lino en los huertos, ha generado la construcción de edificios de indudable valor etnográfico, que alcanzaron su mayor desarrollo a lo largo de la Edad Moderna (S. XVI-XVIII): hórreos o paneras, molinos y batanes.

Hoy han disminuido considerablemente estos edificios y en algunos casos se está procediendo a su restauración, en especial de molinos y batanes, por eso hay que recurrir a documentos donde se recojan datos referidos a la actividad económica para saber su cantidad y su ubicación.

Las Respuestas Generales al Catastro del Marqués de la Ensenada (1752) y el /Diccionario Geográfico Estadístico Histórico de España y sus posesiones de Ultramar/ de Madoz (1845-1850) son dos de las fuentes bibliográficas que recogen interesantes datos sobre la arquitectura tradicional.

Dentro de los molinos había que distinguir entre los harineros y los de desergar, también conocidos como /rabiles./ En estos últimos se descascarillaba la escanda, es decir se separaba la /erga// de la /poxa// /y posteriormente se llevaba el grano a moler.

En las Respuestas Generales se citan en Aller 144 molinos harineros, 114 molinos de rabil y 10 batanes.

Se citan 6 ejemplares de molino de rabil movido por agua: dos en Boo, y uno en Moreda, Nembra, Llamas y Casomera. Los 108 restantes eran movidos por el hombre.

De los 144 molinos harineros, 94 funcionaban todo el año y los 50 restantes en periodos de tres o seis meses. El mayor número de molinos se localizaba en torno a las principales ríos del concejo: Braña, Mera, Negro y Aller. De esta forma en la Parroquia de El Pino había 18 molinos; en el Valle del Río Negro, 29 molinos; en Casomera, 10 molinos; en Moreda, 14 molinos y en Piñeres, 7 molinos.

En otros lugares donde el caudal de agua era menos importante también había un buen número de molinos como en Pelúgano que tenía 10, Bello y Boo, 7, Villar, 3, en Cuérigo, 2 y uno en Conforcos.

La disminución de las actividades agrarias fue paralizando también los molinos.

En 1986 únicamente estaban dados de alta en Industria 7 molinos en todo el concejo de Aller.

En lo que se refiere a los batanes, máquinas de mazos para golpear paños o pieles, en las Respuestas al Catastro se contabilizaban 10: en Moreda 3; en Cabañaquinta 2;

En Bello, 2; en El Pino, 2 y en Casomera 1. El último batán que funcionó en Aller se encontraba en Santibañez de Murias.

Madoz cita algunos telares en el concejo allerano, especialmente dedicados al lino, como los de Vega o Cabañaquinta y en Felechosa había uno funcionando por la década de los 50 del pasado siglo.

La necesidad de guardar el grano y especialmente con la llegada del maíz hizo proliferar la construcción de hórreos y paneras, especialmente en los siglos XVII y XVIII. Aunque existe un buen número de estas construcciones en el concejo de Aller, ciertamente muchas de ellas se encuentran en un claro estado de ruina, a pesar de las ayudas existentes para su restauración.

Diversos censos realizados en los años 70 recogieron abundante información acerca de los hórreos y paneras del concejo de Aller, aunque no en su totalidad, teniendo que ser cautos en la interpretación de los datos recabados. En aquellos años los hórreos superaban las trescientas unidades y las paneras superaban ligeramente las cien unidades. Destacan algunas parroquias como Piñeres, Pel.luno, Murias o El Pino con una concentración de edificaciones de este tipo bastante elevada en proporción a la extensión de su territorio.

Por parroquias y exceptuando la de Santibañez de Murias de la que no aparecen datos, el censo arroja estos datos:

Caborana: 2 hórreos.

Boo: 12 hórreos; 3 paneras.

Moreda: 18 hórreos; 4 paneras.

Piñeres: 28 hórreos; 25 paneras.

Soto: 16 hórreos; 6 paneras.

Serrapio: 18 hórreos; 11 paneras.

Cabañaquinta: 2 hórreos; 3 paneras.

Vega: 15 hórreos; 2 paneras.

Pelúgano: 38 hórreos.

Nembra: 33 hórreos; 4 paneras.

Murias: 44 hórreos; 8 paneras.

Bello: 12 hórreos; 9 paneras.

Cuérigo: 4 hórreos; 3 paneras.

Conforcos: 9 hórreos; 5 paneras

Llamas: 12 hórreos.

El Pino: 42 hórreos; 5 paneras.

Casomera: 60 hórreos; 6 paneras.

AGUA QUE NO MUEVE MOLINO

La parroquia de Boo cuenta con el vestigio de al menos siete molinos, hoy en ruinas o desaparecidos, pero que cumplieron su función a lo largo de los últimos cien años. Este elevado número de construcciones nos indica la importancia que en su día tuvieron las explotaciones agrícolas de la zona que contaba con una considerable extensión de tierras de labor, no sólo en La Vega sinó también en sus aledaños, dedicadas, principalmente, al cultivo de la escanda, el trigo y el maíz.

De igual modo, corroboran este hecho la presencia de hórreos y paneras a lo largo del pueblo y en caserías diseminadas como la de Pando que aún conserva esta típica construcción asturiana de los siglos XVI y XVII.

Otro factor que sin duda ha contribuido a la proliferación de los molinos es el paso de la Reguera de Boo, en otro tiempo caudalosa, que nace en el lugar conocido como Les Llamargues, bajo la cumbre de Espines y que desemboca en el río Aller en la denominada Llera de S.Miguel.

A lo largo de esta reguera se localizan los molinos de El Ferrerín de La Cotá, el de Fernando y el de El Quicu, en Omeo y el de La Pepa y el de Veneranda en la parte baja del pueblo, mientras que el del Tío Felipe estaba situado en las proximidades del Quintu Marianes y el de Penacastro se encontraba en la reguera de Melendreras. Las transformaciones económicas y sociales de nuestra época han sumido en el abandono a estas construcciones que hoy se tratan de rehabilitar mediante subvenciones, de ahí que únicamente se puedan observar los muros y muelas del Molín de Veneranda, del Molín de La Cotá y el de Fernando. El Molín de La Pepa fue sepultado por una riada y el de El Quicu sirve de cimiento para una cochera. Análoga suerte corrieron el del Tío Felipe y el de Penacastro que sepultaron las escombreras del Grupo de Marianes y Melendreras, respectivamente.

Los últimos molinos que prestaron servicio fueron el de Fernando y el del Quicu, entre los años cincuenta y sesenta, siguiendo la costumbre de cobrar la maquila, es decir, entregar al molinero una porción de grano o harina por la molienda.

Algunas de las muelas que se conservan bajo los hórreos pertenecieron a los rabiles de mano que servían para separar el grano (erga) de la cáscara (ponxa) antes de molerlo, en el caso de la escanda. Hubo rabiles en Cortielgos, Villa Hermosa, etc. Los molinos, molineros y molineras siempre proporcionaron muchas leyendas y cantares populares y los de Boo no fueron una excepción, si bien en este caso, no se refieren a devaneos amorosos que eran las más tradicionales.

Los vecinos recuerdan a los molineros más avaros acusándoles de además de cobrar la molienda, maquilar. También la astucia del Tío Felipe que ante la inminente compra de su molino por parte de la Sociedad Hullera Española supo ingeniárselas para cobrarlo en tres ocasiones: el molino, el terreno y la reguera del agua.

Alguno asegura que en los bailes populares era fácil escuchar una copla con mucha gracia dedicada al Molín de Fernando:

En el molín de Fernando
Hay un ratón con madreñas
Mirando pa Fernandín/
Como maquila fardeles/

Ánxel Álvarez Llano